

Tarabitas precolombinas

La cabuya de Chicamocha: su trascendencia en nuestra historia

PABLO FERNANDO PÉREZ RIAÑO
Academia Colombiana de Historia,
Bogotá, 2012, 148 pp., il.

ES UNA grata novedad que un intelectual se interese por las tarabitas, garruchas o cabuyas, puentes colgantes rudimentarios hechos con cables de cuerdas trenzadas que permiten a personas y cargas cruzar ríos crecidos durante el invierno. A Pablo Fernando Pérez Riaño, antropólogo, historiador y miembro de la Academia Colombiana de Historia, le interesó en particular la cabuya del río Chicamocha, por ser paso obligado, o casi, que comunicaba a Santafé de Bogotá y Tunja con las provincias de Santander, Pamplona, Socorro y Ocaña, y con la costa Caribe. Hoy día, en ciertas zonas apartadas del país, son todavía de uso común estos puentes, ingeniosos artefactos precolombinos hechos con pocos materiales locales, sujetos a la erosión del uso y del tiempo.

En una sencilla edición rústica de pequeño formato, la Academia Colombiana de Historia publicó este libro en 2012, el número LXI de la colección Bolsilibros, ilustrado con mapas y fotos que muestran puentes y paisajes concernidos. Las cinco ilustraciones en color que reproducen un mapa antiguo o un territorio lucen bien, en particular la primera, una bella acuarela de un pintor de la Comisión Corográfica cuyo nombre no se menciona en el libro, Carmelo Fernández, y que lleva por pie: “Puente colgante de bejucos sobre el río Zulía” (p. 17). Las fotografías en blanco y negro, muy pequeñas, en tonos desvaídos, resultan mustias, apagadas y como vistas con telescopio a una distancia tal del objetivo que se pierden todos los detalles del paisaje.

Por este libro nos enteramos de que el cronista y obispo Lucas Fernández de Piedrahíta hace temprana alusión a una de estas maravillas, la tarabita que sirvió de puente a la tropa de Hernán Pérez de Quesada en su expedición a la Sierra Nevada en 1539:

Habiendo, pues, arribado al río Sogamoso por la parte que llaman de Chicamocha, y es por donde más acanalado entre peñas corre furioso á encontrarse con las aguas del Magdalena, y reconocida la dificultad de pasar los caballos, respecto de que el ímpetu del raudal y encuentro de las piedras no dan lugar al esguazo [vado], vieron que para el tránsito los naturales se valían de una maroma que afijada sobre dos grandes troncos de la una y de la otra banda, ministraba forma (...). (Citado por Pérez Riaño, p. 39)

También Juan de Castellanos se refiere en sus *Elegías de varones ilustres de Indias* a

(...) una puente tejida de bejucos, pendientes de los árboles más altos, invención que ninguno de ellos vido en peregrinaciones atrasadas; y así pasar por ella no quería hombre de cuantos iban en el campo, porque además de ser fábrica frágil, zarzo mal hecho con las mallas largas, sospechaban haber algún engaño y ser alguna fraudulenta trampa. (Citado por Pérez Riaño, p. 16)

Manuel Ancízar, autor de *Peregrinación de Alpha*, que trabajó junto con la expedición de Agustín Codazzi, describe por su cuenta, con algún detalle, el ingenio con que se arma la tarabita “situada en el camino a Simácota [sic], la cual servía para cruzar el río Suárez o Saravita” (p. 120). La cita de Ancízar en el libro de Pérez Riaño tiene una errata fuerte al principio —escribe “alígesse”, en lugar de “elígesse”— y otra en la mitad —cuando escribe “seño” donde debe decir “seno”, o sea la parte más baja del arco que forma la cuerda—; además, el río tiene ahí más de cien varas de ancho, dato que no especifica el libro de Pérez Riaño.

No hay puente; pero la industria nativa venció la dificultad, estableciendo, como en otros pasos análogos, cierta maroma que llaman cabuya. Alígesse [sic] en la margen un árbol robusto que al opuesto lado tenga otro que le corresponda, o en su defecto plantan gruesos horcones en la barranca, a 20 o más varas de altura sobre las aguas del río, rodeándolos de una plataforma cubierta por un ligero techo de paja; estos árboles o vigas derechas llevan el nombre de

morones. De morón a morón, atravesando el río, tienden un grueso cable compuesto de 24 rejos o cuerdas de cuero retorcido, el cual, naturalmente, forma una curva, cuyo seño [sic] queda distante de la corriente ocho a diez varas, y constituye la línea de trayecto (...). (p. 121)

El texto que reseñamos se lee con interés, como una vuelta por ciertos territorios entre Boyacá y Santander, aunque está sobrecargado de citas, la mayoría de ellas tomadas del Archivo General de la Nación, muy arduas de leer, que tratan de pleitos por la posesión y el usufructo o peaje por el cruce de la cabuya de Chicamocha. Estas citas ocupan demasiado espacio dentro del pequeño libro y son demasiado largas, reiterativas, con extensas introducciones que fueron escritas, a la manera de la época, sin reparos a la sintaxis y con hartos detalles superfluos para el libro. Nos topamos con una cita de más de tres páginas en letra pequeña (pp. 85-88) dando cuenta de la posesión de la cabuya por parte de la cacica Sebastiana y sus hermanas. Resulta tan tortuosa de leer como la primera parte de este documento de 1795, que se cita a la letra, y donde se ratifica que los indios son los dueños de la cabuya, nombre común de la tarabita en estos sitios antaño ricos en la penca agave o pita (p. 77), de la que extraen el fique o cabuya (p. 99).

Este fárrago, con mínimas variaciones, se repite una y otra vez en numerosas citas. Los interminables pleitos a lo largo de los años, desde los primeros tiempos de la Colonia hasta 1803 —asegura el autor que para eso incluye las citas—, en torno a la posesión de la cabuya de Chicamocha, tienen la misma raíz y la misma motivación de los que se presentaban en torno a las tierras de los indígenas, usurpadas a estos *por medios legales*: en todos los casos lo que está en juego es la codicia de los funcionarios o encomenderos españoles en complicidad con los padres doctrineros. Pérez Riaño trae a colación un documento del Archivo General de la Nación, de 1657, donde un cacique se queja de que, en contra de su voluntad, embaucado por un astuto leguleyo, le han comprado sus tierras a cambio de “unas cargas de yuca” (!) (p. 83). El testimonio lo da

RESEÑAS		HISTORIA
el cacique desde la cama, postrado por una enfermedad; condición, según él, de que lo que declara es verdad. Al final del libro merman las citas y aumenta el material gráfico; más fotografías apagadas, un mapa y la “vista de la cabuya sobre el río Saravita o Suárez en 1850”. El mapa, de 1804, reproduce uno de la Mapoteca del Archivo General de la Nación (p. 115), y en él está pintada la villa de Barichara, originalmente llamada Vara Florida, junto a los ríos Chicamocha, Suárez y Mochuelo, con sus tarabitas señaladas mediante líneas que cruzan los ríos. Este libro incita a consultar al menos otro que ha sido fuente de inspiración para este y para muchos otros libros: el tomo III, correspondiente a “Vías, transportes, comunicaciones”, de <i>Historia de la cultura material en la América equinoccial</i>, de Víctor Manuel Patiño, publicado por el Instituto Caro y Cuervo en Bogotá (1990). Este tomo se refiere a las tarabitas, y aprendemos que en Perú la llaman <i>oroyas</i> y en Guatemala <i>zurrones</i>, por el cesto de cuero que cuelga del cable y donde el pasajero cruza el río. ¡Cuántas cabuyas, arañas, garruchas, hamacas o tarabitas en Colombia sin quién hable por ellas! Bienvenidos sean este y otros libros que dan voz a algunas de ellas... Rodrigo Pérez G.		